

Hermosos días lluviosos

Crecí en una familia de clase media, mis padres trabajaban mucho. Durante mi niñez me la pasé en el patio de mi casa, jugaba con mis peluches y mis muñecas, me encantaba leer historias de princesas. Jugaba a que mis peluches eran mis príncipes y tenían que rescatarme del espantoso castillo, tenía pocos juguetes pero aún así los poquitos que tenía me hacían feliz. Siempre estaba sola, pronto comencé a tener interés en los libros de mi madre, se veían viejos pero contenían relatos inolvidables, historias de hombres valientes y leales a sus reyes, que daban incluso la vida por ellos.

Poco después de haber cumplido mis 14 años mis padres llegaron con la noticia de que nos íbamos a mudar. Fue un largo viaje de cinco horas, llegamos y estaba lloviendo, recuerdo que mi madre mencionó que habían constantes lluvias. Era una casa nueva, más grande que la anterior. Esa misma tarde, mi padre y yo fuimos a la casa de unas personas, se notaba que tenían mucho dinero. Su hijo era bastante enervante, me presumía sus juguetes, a mi me quedaban unos pocos peluches, eso me deprimía un poco, me miro con desinterés y me dijo “¿Vos no tenes juguetes?” le dije que no y me miro con altanería, suspiró y me dio un peluche que estaba bastante maltratado. Era un osito de peluche, le agradecí y me puse a jugar con ese peluche, él jugaba con su consola de videojuegos, aún así me miraba de reojo mientras yo jugaba a ser madre, me miro y me dijo “¿A qué juegas?” yo le respondí “Estoy jugando que este peluche se llama Nicolás y es mi bebe” me volvió a mirar y me dijo “¿En serio te gusta jugar a eso ? tenes 14 años”, sonreí y muy emocionada le respondí “¡me encanta jugar a ser madre, deseo ser la mejor madre del mundo, cuando sea madre nunca dejaré a mi hijo solo y seré super cariñosa con él o ella!”. Se sorprendió un poco con mi respuesta, estuvo un rato callado y se empezó a reír, me miró fijamente, él iba a decirme algo pero entró una sirvienta para avisarnos que la comida estaba lista. Todas las decoraciones se veían inasequibles, la comida era poca pero también era gravoso, me dieron una fruta que se llamaba Melón Yubari King. Parecía un auténtico palacio, los Señores Baesley eran personas acaudalados y elegantes. Al caer la noche nos despedimos de la familia Baesley, quería entregarle el peluche a Francisco pero él se negó, le volví a agradecer y me subí al auto de mi padre, llegamos a casa y mis padres se veían algo nerviosos, “me voy a dormir” les dije, ellos se giraron hacia mí y me preguntaron “¿Qué te parece el joven Francisco?”, algo somnolienta les respondí “Era algo arrogante pero me pareció muy amigable que me haya regalado este peluche”, me miraron muy enojados y en una sola frase me gritaron al mismo tiempo “¡NO LE

VUELVAS A FALTAR EL RESPETO!” me quedé un poco confundida y les dije “¿Por qué?, me respondieron con un “Cuando seas grande nos vas a entender”, muy enojados me mandaron a dormir, estaba entre exaltada y sobresaltada, me agarre de mi nuevo oso de peluche y dormí profundamente. Al día siguiente me fui al colegio, todos jugaban en los recientes charcos de lodo, a mis espaldas escuche un “Ugh, parecen cerdos”, me giré y era Francisco, me sobresalté un poco ¿Qué hacia él aquí?, ¿Francisco? Le pregunté, giró los ojos y me respondió de mala gana “Sí, ¿Quien más?”, me sentía un poco tonta, totalmente le dije “Perdón”, no me respondió, me tomó de brazo y me llevo con su grupo de amigos, esos chicos eran igual de insoportables como él, me aleje un poco para leer “La hoja Roja” de Miguel Delibes.

Francisco era dos años mayor, eso era un beneficio porque no lo iba a ver todo el día solamente en los recreos, precisamente en los recreos me tenía a su lado como un perrito faldero, me sentía tan aburrida y bastante triste allí y por años esto continuó así.

“Estar solo no tiene nada que ver con cuantas personas hay alrededor” es una frase de Richard Yates, en su libro *Revolutionary Road*. Tuve que convivir con eso durante infancia, adolescencia y juventud, en la secundaria saqué un promedio bastante bueno, aunque Francisco me superaba en todo, “si buscas la perfección nunca estarás contento” hermosa frase del libro que leí, se llamaba *Anna Karenina*, su autor era Leo Tolstoy. Lo leí a mis 17 años, me lo regaló Francisco, oh hablando de Francisco, pronto me acostumbré a ser su accesorio. Cuando cumplí los 18 me case con él, no fue a voluntad, al parecer todos sabían que era su prometida, menos yo.

En fin, yo me acostumbré a su egocentrismo, siempre me recalaba su “superioridad”, aún así un año antes de casarnos, se empezó a mostrar cariñoso, me traía rosas, me llevaba a lugares costosos, me compraba joyas, me llevó a fiestas elegantes, me compraba vestidos de diseñador, pero yo solo quería estar cómoda, le pedí libros. Me trajo de distintos autores, realmente amaba los libros sobre la época Medieval, me encerraba toda la tarde leyendo mis nuevos libros, Francisco entro a mi habitación y se dio cuenta que estaba llena de libros “¿Para que tienes tantos libros? solo ocupas espacio” Le respondí con una cita textual del libro “La sombra del Viento” de Carlos Ruiz Zafón “Cada libro, cada volumen que ves aquí, tiene un alma. El alma de la persona que lo escribió y de aquellos que lo leyeron, vivieron y soñaron con él. Cada vez que un libro cambia de manos, cada vez que alguien baja sus ojos a las páginas, su espíritu crece y se fortalece” me miró con un poco de desagrado y se fue algo enojado. Me reí y caí en la cuenta de que poco a poco me empezaba a enamorar

de él, sentía que podía lograr sacar una mejor persona de ese narcisista. Empecé a dialogar con él, traté de no ser tan fría con su grupo de amigos, acepté el matrimonio sin protestar, fuimos a vivir en una casa bastante grande, empecé a demostrarle amor, quería darle un hijo, tal vez así él empiece a demostrar su amor de verdad. Sería lindo tener un pequeño yo corriendo por nuestro patio, traté y traté, pero no lo logré, empecé a desesperarme, supuse que era porque era joven, así que me centre en mis estudios. Después de la universidad, empecé a trabajar en la empresa de mi esposo, pasaron algunos meses y volví a intentar tener hijos, pero tampoco pude, esta vez decidí ir al hospital, estuve haciéndome algunos exámenes, finalmente llego el examen final.

El doctor llegó con unos papeles. Él saco los exámenes y me dijo “Señorita Baesley, ya están listos los resultados de tus exámenes...los estudios indican que usted es estéril, me retiro” Quedé en shock, mis sueños se destruyeron en unos segundos, me sentía desorientada, desconcertada, despistada, perdida, todos sus sinónimos.

Llegué llorando a mi casa, le expliqué todo a mi esposo y me miró con repulsión. Me dejó llorando y se fue de la casa, estuve tres meses muy deprimida, todo esto me debilitó, dejé de leer, también deje de comer correctamente, cada vez que salía al patio y veía a una mujer jugando con sus hijos, se me partía el corazón y lloraba sin consuelo. Pasé mucho tiempo evitando la sección de niños en el supermercado, todo eso me deprimía, saber que nunca iba a poder tener un hijo, realmente me generaba un nudo en mi garganta y siempre terminaba llorando. La lluvia era mi única acompañante, mi esposo cada vez se iba más tiempo, pasé largos días bajo la lluvia intentando enfermarme para no ir a trabajar, pero mis defensas eran bastantes buenas. Pasaron unos dos años, fue un día de lluvia como cualquier otro, salía de la empresa con mi esposo y subimos al auto, mi esposo me bajó del auto repentinamente y quedé bajo la lluvia viendo como se iba, lo único que paso por mi cabeza fue “no quiero enfermarme esta vez”, camine hasta el techo más cercano e intenté llamarlo, pero apagó el celular. No sé en que momento nuestra relación se fue apagando, debe ser mi culpa por no dar a luz, pensé.

El día de nuestra boda había sido el mejor día de mi vida, pero desde ese día me empezó a odiar, se empezó a fijar en otra mujer. Al pensar en eso mi vista se empezó a nublar por las lágrimas, traté de secarme las lagrimas, no tenía a nadie más, mis padres murieron en un accidente de avión, sólo lo tenía a él. Me deprimía demasiado estar sola, todo me recordaba a mi infancia. Pasó media hora y no volvió por mí. “Si

vuelvo a casa así, va a humillarme pero no tengo a otro lugar a donde ir”, pensé. Dejé mi cartera en el auto, tomé valor y caminé hasta la parada de colectivo más cercana. Manché mis botas con el lodo y mugre que había en el piso, llegué y recordé que mi sube estaba en mi cartera, cartera que estaba en el auto junto con mi paraguas, mi casa estaba a una hora y media de la parada, así que me preparé psicológicamente. Caminé en medio de la lluvia, llegué a un parque y me puse abajo de un árbol. Mientras observaba al mi alrededor lo vi, era un chico medio alto, pelinegro y con ojos color celeste como el cielo de mi antigua ciudad. No estaba vestido formal, estaba vestido casual, un buzo gris y unos jeans negros, me miro desde lejos y se sorprendió. Se acercó a mí y me dijo “¿Señora Baesley?”, respondí “mm si soy yo”, mi miró extrañado “¿Y el señor Baesley?”, le dije “Le surgió un inconveniente, tuve que regresarme sola”, me miró aún más extrañado, lo comprendo, mi esposo era una persona de dinero, era muy respetado en su empresa, todos le tienen miedo. El sonrió confundido, “Toma”, me dio su paraguas. Me negué “No señor..?”, “Saenz...soy Iván Saenz”dijo, Me sonrojé un poco y hable “Bueno, Señor Saenz, no debo tomar su paraguas”, me interrumpió, “El señor Baesley me mataría si se entera que soy consciente de que puede evitar el resfriado de su mujer”, reí un poco “No creo que le importe”, se puso rojo y me dijo agachando su cabeza “ seguro que si, señora Baesley”, finalmente me rendí “Está bien, mañana te lo llevo Iván”, Me sonrió y me dio un abrazo, después de un rato se separó y me dijo “¡Gracias Señorita Paula!” me reí un poco, el me entrego un papelito, tenía su número, se avergonzó y dijo inmediatamente “P-Por s-si no se encuentra mañana”, me reí más, me fui a casa, no había nadie, me di un baño y prepare la comida. Le envié un mensaje y nos empezamos a ver a escondidas, íbamos de a las ferias de otras ciudades, allí comprábamos comida al azar, una vez probamos un taco mexicano, fue muy gracioso verlo así, aunque yo también me estaba quemando, “Señorita Baesley ¿cuántos años tiene usted?” me preguntó, yo lo miré y el se sonrojó “D-Disculpe por ser entrometido” dijo avergonzado, “Tengo 26 años” dije tranquilamente, él me miró confundido “Pensé que usted tenía 22”, “Gracias por el halago ¿Tú cuántos tienes? pregunté. “Tengo 24 años Señorita” dijo un poco avergonzado, me reí un poco y lo tomé de las manos “Tenemos que probar la rueda de la fortuna” dije emocionada. Mis padres no me lo permitían, así que esta era una oportunidad que no iba a desperdiciar, él aceptó y nos subimos, me sentía muy cómoda cuando hablamos sobre libros, de hecho, hace mucho que no leía un libro. Él me compró uno llamado “El Principito”. De vez en

cuando nos juntábamos para leerlo y hablar sobre el capítulo que estábamos leyendo, a menudo hacia chistes sobre la seriedad de mi esposo, realmente no me importaba sino que me alegraba el día. Fuimos a comer a restaurantes no sofisticados como a los que estoy acostumbrada a acudir. La comida era exquisita, con dimensiones de sabor que nunca había probado, la charla era reconfortante, reía sin parar, me sentía cómoda con él. La lluvia se hizo presente, tomé su paraguas y caminamos hasta mi casa, durante el camino íbamos hablando sobre cosas triviales, nos reíamos y cada vez estábamos más cerca. Soy consciente de que ser infiel es un pecado pero por él aceptaría que me echen del paraíso. De todos modos mi esposo también me es infiel por lo que nuestra relación nunca funciona. Llevamos 8 años de casados, los primeros 2 años fueron pasables pero desde que se enteró que no era fértil me empezó a hacer la vida imposible, llegando a la violencia. Si me voy con Iván, podré tener paz por años, si empiezo todo desde cero podré ser feliz. Todo eso pasaba por mi cabeza al mismo tiempo que hablaba con él, llegamos a mi casa y le sonreí, él me devolvió la sonrisa, se acerco para darme un abrazo, se alejó un poco y me miró fijamente a los ojos, sus ojos celestes hacían que mis ojos marrones no quisieran mirar a otro lado que no sea a sus ojos. Mi cuerpo empezó a temblar un poco, mis ganas de besarlo aumentaban en cuestión de segundos pero la puerta se abrió, dejando ver a mi esposo. Me quede anonadada, le agradecí a Iván por traerme a casa, le devolví su paraguas y me metí a casa totalmente hechizada por esos ojos. Mi esposo me reclamaba muy furioso pero mi cerebro no dejaba de pensar en él, estaba totalmente embobada por él, me cambié y me fui a dormir. Al día siguiente capté en lo que había pasado y el miedo se apoderó de mí, me preparé un desayuno rápido y fui corriendo a la empresa. Después de una larga jornada llegó Iván, tenía consigo un osito de peluche, era muy hermoso, “lo hice yo” dijo orgulloso “¿En serio?” le comenté. “Sí, lo hice especialmente para ti, lo hice con todo mi amor” dijo feliz, eso me sonrojó mucho, “Estas roja como un tomate jeje”, cuando dijo me sonrojé mucho más, “No me digas eso” dije muy apenada, él solo se rió y me abrazó suavemente. “Te quiero mucho Iván” dije, y él me respondió “Y yo a usted Señorita Paula” miró para los costados y me dio un beso suave, luego me miró un poco coqueto y me sonrió. Se levantó y se fue, yo quede quieta sin saber que hacer, estaba totalmente roja, hasta que vino una mujer y me preguntó si estaba bien porque estaba roja y que parecía afiebrada, le dije que me sentía bien y me fui corriendo al baño. Traté de calmarme lo más que pude, al salir del baño me encontré con mi esposo, aparentaba estar tranquilo pero sabía que

realmente estaba enojado, esta vez lo ignore y me dirigí a mi oficina, pero fui detenida por él. Mostró su verdadera cara “¿Qué haces hablando con otro hombre?!” gritó muy molesto, yo me molesté. ¿Acaso él podía salir con otras mujeres pero yo no puedo enamorarme de otro hombre?, me retuvo más fuerte, no sé de donde saqué fuerza y pude zafar de su agarre. Muy enojada le grité “YO NO SOY DE TU PROPIEDAD FRANCISCO BEASLEY”, Me miró desconcertado, se detuvo por un segundo y luego dijo “Eres mi esposa, claro que eres de mi propiedad”, ya harta de todo le dije con un semblante serio “Bien, entonces ya no quiero ser tu esposa, quiero el divorcio”. Me miró desconcertado y pude ver como se le salía una lágrima “Por favor, quedate conmigo” dijo con la voz quebrada. Me quedé paralizada, no creí ver esto ni en esta vida, ni en la otra. Negué con la cabeza y corrí hasta la salida. No me importa nada, se lo que debo hacer ahora y nadie podrá detenerme, corrí hasta el registro civil y pedí el acta de divorcio. Tome un taxi y fui hasta mi casa, armé mis maletas y dejé los papeles de divorcio en la habitación. Como siempre empezó a llover, “como si quieres el arco iris, tienes que aguantar la lluvia” Dolly Parton, caminaba relajada mientras las personas corrían hacia un techo para cubrirse de la lluvia yo la disfrutaba. Sonreí como no lo hice en mis 26 años, Ivan Saenz él será mi futuro marido, tarde o temprano, "El amor es un misterio. Todo en él son fenómenos a cual más inexplicable; todo en él es ilógico, todo en él es vaguedad y absurdo", Gustavo Adolfo Bécquer. Volví al parque donde nos conocimos, era precioso, me divertí jugando con los charcos de lodos en los que no se me permitía jugar, manché mis jeans con lodo y corrí por todo el parque, jugando como la niña que no se me permitió ser. Quedé agotada, así que tomé un descanso, de pronto sentí unas manos en mis caderas, giré y vi a Ivan, a mi Ivan. Sonreí y lo abracé, él se rió por lo bajo, me tomó de la mano y caminamos tranquilamente por las hermosas calles de Buenos Aires. Algunas personas nos miraban con desestima y otras personas con conmoción, supongo que no podrían creer que la Señora de Baesley esté caminando de la mano con otro hombre. No me importó la opinión de extraños, solo quería disfrutar del momento. No pasó mucho tiempo desde que me divorcié y Francisco ya se había casado con otra mujer, aunque no se veía feliz, con Ivan decidí viajar por el mundo y tener nuevas experiencias. Pasó un año, durante una encantadora cita, Ivan me pidió matrimonio, fue el tercer mejor día de mi vida, el cuarto mejor día de mi vida fue cuando fuimos a adoptar un niño, se llama Martín Saenz, yo heredé la empresa de mis padres pero aún así hacía lo posible para poder pasar tiempo con mi hijo, aunque

siempre permanecemos adentro de la casa ya que siempre llueve, pero siempre recordaré esos hermosos días lluviosos que me permitieron conocer a su padre, mi esposo Ivan Saenz.